

tro salvajemente. Soy consciente de que le hago daño, pero ella no parece sentir nada, su expresión es de felicidad, de placer. Le doy papel y lápiz, que se niega a recibir, se niega a comunicarme lo que piensa o lo que siente. María, ay, no sabes qué tanto me haces sufrir.

No quiero mirarla, le doy la espalda. Sé que ella me observa y me enoja, me enoja de una manera inhumana.

—No entiendo por qué tu cuerpo esta acá, pero en realidad tú no estás. Me pregunto por qué las personas se enamoran, se casan, tienen hijos y son felices viviendo el amor. Viven perdidos en los modelos de

amor que la sociedad cree aceptables. Pero, ¿sabes?, ya no quiero tener esa clase de vida. Tú no me sirves para nada de eso y yo me cansé de imaginarte así.

Me siento ante mi máquina de escribir y empiezo con el último capítulo de mi libro. Dejando la presencia de María en la cama, la admiro por última vez, fotografío mentalmente su anatomía y acabo con ella. Por cada frase que escribo, una parte de ella desaparece, se esfuma. Sus ojos siguen en mi cama, penetran en mi alma y leen mi mente, estoy seguro. Quizá deba darle una nueva oportunidad. Pero, tal vez, María deba irse. ■■

El devastador mundo ajeno

Gabriela Melo

Estudiante de Creación Literaria, Universidad Central.

Esa tarde había sido quizá la segunda o tercera más fría de todo el año. Carmen solía creer, con todo su sentido de convicción infalible, que la muerte de los niños enfermaba al clima. Pensó, mientras los demás rezaban el rosario, que el cielo plomizo y denso encima de su cabeza parecía querer precipitarse. La mamá de Tomás había dicho que durante toda la semana caería un aguacero: de día y de noche. Y ella se preguntó, con una preocupación pueril, si no tendría que construir una barca y subir a una pareja de cada especie para resguardarse de un nuevo diluvio universal.

Miró en torno suyo, quizá por enésima vez, a las personas que velaban al recién fallecido. Y, de nuevo, se aventuró a imitar la rapidez inverosímil con la que

movían sus labios. Pero, al cabo de un par de intentos, concluyó que rezar algo que ni ella misma entendía era absurdo, que incluso toda la situación del velorio resultaba absurda.

A lo lejos, el tañer de las campanas de la iglesia la desorientó. Pensó que su ruido tintineante era demasiado fuerte para sus oídos, pero resistió la tentación de meter la cabeza entre sus rodillas; pues, aunque se escondiera entre las cuevas de los confines del mundo, daba por seguro que sus pies seguirían sintiendo las vibraciones de las campanadas, e incluso su errático pulso seguiría sobresaliendo bajo la piel al ritmo de los ecos distantes.

Bajó la cabeza e intentó concentrarse en sus propias oraciones, para verse envuel-



ta inesperadamente en un caleidoscopio de recuerdos floridos y melancólicos: de aquellos días en los que jugaba en los campos con Tomás, cuando corrían por los trigales y se llamaban a gritos; de las mañanas en las que ordeñaban a las vacas y recogían los huevos de las gallinas, mientras veían al aletargado sol salir por entre las montañas. Sus recuerdos fueron tan vívidos, sus sensaciones tan reales, que Carmen temió perderse en el laberinto de su memoria, pero encontró rápidamente el camino de regreso al abrir los ojos en medio del cementerio, junto a la fría y lúgubre tumba de Tomás.

Miró al cielo, conteniendo las lágrimas, preguntándose si allá arriba, en el espacio sideral, se hallaría un universo paralelo, casi idéntico a este, en el que todas las cosas se desarrollaran siguiendo un curso natural y propio, habituado a las condiciones irracionales de la sensibilidad y los sentidos. Consiguió imaginarse un árbol que extendía sus ramas sin ser talado, un río que fluía sin secarse, un bebé que crecía en la armonía de su entorno y se abandonaba solamente cuando sentía su cuerpo un estorbo; un árbol sin dolor, sin sufrimiento,

solo el ascenso de su levedad al cielo claro y puro, que jamás enferma.

Cerró los ojos con fuerza, empeñándose en guiar su espíritu hacia aquel lugar ignoto y abstracto en donde lo invisible se tornaba visible y lo intangible, tangible; donde la extensión del infinito no era verdaderamente infinita y de hecho se podía ver, se podía tocar; donde todas las cosas que dentro de él se asentaban tenían una codificación en su propio idioma, tan hermoso y místico como el origen secreto de su creación.

Por un instante, a causa de la obstinada insistencia de su espíritu, Carmen creyó tener una epifanía. En aquel preciso momento, mientras observaba el negro de sus párpados, dejó de sentir el terreno yermo bajo sus rodillas, de percibir el penetrante aroma de las flores. Su cuerpo se tornó ingrático e insustancial, como si retornara al principio de la creación del cosmos y solo fuera un grupo de átomos recorriendo el espacio.

Se sintió perdida, y comprendió que divagaba sin un rumbo fijo, sin ningún propósito más que el de permanecer allí, en el

firmamento etéreo, a la espera de una gran explosión, la del principio, la del nacimiento de la vida: no la suya, si no la del vasto mundo. Entonces sintió un toque tan fugaz y abrasante que creyó que había sido impactada por un cometa. La fuerza de su colisión fue de tal proporción que Carmen, con un estremecimiento, abrió los ojos alarmada para ver de nuevo su entorno a través del encaje del velo. Solo que ya no se encontraba en el cementerio sino con Tomás, sentados al pie de la colina, viendo los últimos rayos del sol en las rojizas nubes del crepúsculo.

El niño tenía entre sus piernas a un ternero dormido. Le acariciaba la cabeza con cariño y, de vez en cuando, reía cuando escuchaba sus pequeños ronquidos. Carmen lo miraba casi con adoración, pensando que nunca en su vida vería de nuevo un niño tan hermoso como aquel.

—Algún día quiero aprender a tocar la guitarra —dijo palmeándole el lomo al becerro—. Así todos los días podríamos venir aquí y cantar y tocar hasta que se haga tan oscuro que tengamos que ir como ciegos buscando el camino a la casa.

Carmen descubrió que podía reír, sentir el cosquilleo de la maleza en sus rodillas, ver en la palma de sus manos una obra de arte abstracta, como lo era el cruce enigmático de líneas imborrables, y advertir la sublime sensación de existir.

Tomás la había imaginado de una forma tan exacta y precisa al cuerpo humano que así Carmen lo parecía. Había pasado horas frente al espejo mirándose sus facciones y creando aparte las de ella —casi como un artista que retrata un rostro—. De manera que, a fin de cuentas, estaba hecha a su imagen y semejanza, solo que un poco menos imperfecta, menos humana.

Antes de que aquello terminara, Carmen tuvo una última imagen del rostro de

Tomás. Vio a través del velo del recuerdo sus mejillas sonrosadas, sus cabellos rubios como las espigas de trigo y sus ojos alegres, tan oscuros como un pozo sin fondo. Era una mañana radiante y Tomás gritaba su nombre mientras perseguía a un cordero descarriado. Lo último que vieron sus ojos fue el pequeño cuerpo del niño corriendo, con su camiseta azul metida entre el pantalón y los zapatos blancos que —nunca pudo olvidar— se asemejaban a la mullida nube que se posaba encima de sus cabezas.

—Como que va a caer un aguacero. — El tono grave y rasposo del sepulturero la sobresaltó. No estuvo consciente de que ya había anochecido.

Con un suspiro se levantó. Miró hacia el cielo y se compadeció de él, aún se veía enfermo. Cruzó las manos detrás de su espalda y emprendió su camino hacia la salida. Como era usual, traspasó los cuerpos sólidos que aún allí rezaban, las lápidas y las modestas estatuas, mirando a su alrededor por si alguno de ellos creía sentir la presencia de una corriente de viento inexplicable, pero no halló nada, absolutamente nada.

Ahora que Tomás se había ido, ¿qué pasaría con ella? No había cabida en el espacio y tiempo del mundo, ni en el cielo, o en el limbo, o siquiera en el infierno para seres inconcebibles que no encajaban en la magnífica evolución de cientos y miles de años.

Así pues, se fue alejando poco a poco del cementerio, sin saber a dónde la guiaban sus pies, sin querer recordar ya a Tomás, el empalagoso olor de las flores o el cielo enfermizo que presenciaba la muerte de un niño.

Dejó todo aquello atrás y comenzó a divagar por un mundo blanco y vacío como un ser imaginario, que era lo que realmente era, pues, si no le pertenecía al mundo, ¿existía realmente? ■■